

MIGUEL BETANZOS

LAS TIERRAS
EXUBERANTES

En busca del paraíso terrenal

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

El tiempo, que es juez de todos los sucesos, nos dará luz sobre estos y otros muchos que todavía nos son desconocidos. Sabemos que el Creador del mundo se tomó un espacio de seis días para formar y ordenar debidamente la máquina de todo el orbe, y no podemos nosotros indagar de un golpe todos los secretos de tan grandes cosas.

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA,
Décadas del Nuevo Mundo.

Un mar de aguas dulces, de mujeres ardientes, de archipiélagos misteriosos, de hombres gigantes, de selvas que exhalaban perfumes de canela...

GERMÁN ARCINIEGAS, *Tierra firme.*

Si fuera cierta la opinión común, o llámese vulgar, de que viajero y embustero son sinónimos, se debería preferir la lectura de la Fábula a la de la Historia.

CONCOLORCORVO, *Lazarillo de ciegos caminantes.*

...essa ave tem um canto tão perfeito...

DJAVAN

I

En apretada marcha, sobre una tierra encendida en tonos de ocre, el hermano Jiménez cruzaba la Plaza Mayor sudado como una mula, incapaz de librarse de la funesta intuición que lo tenía inquieto desde la mañana. “El Señor se lo ha llevado...”, murmuraba al sospechar la inevitable desgracia, mientras se le desbocaba el corazón y apuraba el tranco sobre la grama reverdecida. Empuñaba una pesada llave de hierro y el mango de una lámpara de aceite que oscilaba al ritmo de sus pasos. “El Señor se lo ha llevado...”, repetía entre dientes, en la temerosa presunción de que el padre Francisco, Capellán de la Misión de San Ignacio, ya hubiese dejado este mundo para siempre a causa de la atroz enfermedad que lo tenía prostrado desde hacía meses, raquíptico, ulcerado por tumores que le habían excoriado la piel hasta dejársela repleta de llagas. Y la idea retornaba una y otra vez mientras sorteaba el entramado de callejas angostas y tiradas a cordel, fustigadas por un sol que hacía hervir las acequias y prendía el aire en calores de rescoldo, se metía en los soportales, encendía los barracones y aplastaba la techumbre de las casas como si fuese un pesado yunque.

La Misión de San Ignacio ardía por los agobios de enero. Enclaustrada entre los rumores de una selva que recortaba sus lindes, era una pequeña ciudadela rodeada de esplendores tropicales y repleta de lapachos, de timbós, de urundayes y de palmeras que se erguían entre la vegetación selvática.

La mañana entera el hermano Jiménez había permanecido junto al padre Francisco, arrimado a su lecho de moribundo y decidido a acompañar sus últimas horas de vida. Le había susurrado palabras de aliento y había rogado por su alma, aunque en verdad ya no quedaban esperanzas para aquella

magra silueta comida por los estragos de la enfermedad. Había sido un diálogo hecho de murmullos. Francisco apenas lograba responder con jadeos inaudibles, con breves resoplidos, con palabras que lentamente emergían de la rigidez de sus labios. Pero más tarde, hacia la hora del mediodía, el intenso trajinar de la Misión había reclamado la presencia del hermano Jiménez en otras tareas que exigían de su cuidado y conducción. Y a causa de ello había tenido que dejar al padre Francisco a la buena de Dios, rogando al cielo que se apiadase de él durante su ausencia.

Las tareas misionales lo habían mantenido ocupado casi toda la tarde. Había revisado los establos, vigilado las cosechas de yerba mate y visitado el hospital de la Misión tal como era costumbre hacerlo una vez al día. Pero ahora regresaba una vez más al cuarto de Francisco, casi con la llegada del crepúsculo, movido por aquel oscuro presagio que latía en su pecho.

Cuando entró en la barraca se detuvo frente al cuarto del padre Capellán. Un olor a madera vieja ganaba los pasillos detenidos en el silencio de la tarde. Golpeó suavemente la puerta del cuarto y no obtuvo respuesta. Entonces echó una mirada por el ojo de la cerradura, y como nada se advertía del otro lado sino una densa oscuridad, empuñó la tosca llave de hierro, la introdujo delicadamente y giró los goznes de la puerta. La gruesa hoja de cedro se abrió despacio, en un pesado crujir de molduras, y fue descubriendo de a poco los negros de una habitación en donde el aire parecía suspendido desde hacía siglos. Jiménez avanzó unos pasos entre la oscuridad y se aproximó al camastro de Francisco. Vaciló un instante, respiró hondo y luego alzó su lámpara de aceite en medio de la penumbra. Y fue entonces cuando sus ojos descubrieron la figura del padre Francisco, rígida como una estatua de yeso, con la piel de un color mate apagado y ya sin vida bajo unas mantas que apenas le dejaban ver el rostro.

En los días siguientes el pueblo entero de San Ignacio lloró la muerte de su padre Capellán. Más de cuarenta años llevaba Francisco en las misiones jesuíticas, desde que llegara al Nuevo Mundo cargado con un hatajo de ropas, unos pocos libros de catecismo y el dominio apenas rudimentario del idioma guaraní.

Su vida toda había sido de una prodigiosa devoción. Francisco había nacido en la ciudad de Bilbao, allá en las provincias vascas, algún día del año del Señor de 1657. Provenía de una familia de cristianos viejos hasta donde fuese posible comprobarlo, gentes de honor y renombre que poseían vastas plantaciones de olivos en la región vascuence. Lejos de la veneración y el fervor cristiano que animarían su vida, la niñez de Francisco había transcurrido al principio en el ámbito de los negocios familiares, donde ya desde muy pequeño había revelado una extraordinaria pericia. No tenía aún ocho años cuando ostentaba su vigor trabajando a torso desnudo en las plantaciones. Se metía en cuanto estuviera a su alcance, les rezongaba a los capataces y hasta llegaba a amonestar al resto de los peones cuando los hallaba en aire de holgazanería. Maravillado por semejante devoción, su padre no había tardado en legarle tareas de mayor responsabilidad. Le había asignado un hermoso caballo y la pertinente autorización para velar de cerca las faenas de la peonada. Y así, a cualquier hora del día, aquella diminuta silueta empequeñecida aun más sobre el enorme garañón, volaba por entre los olivares y aparecía de la nada con el rostro en traza de señorío, los ojos teñidos de celo y la voz impostada en un tono de mando que hasta llegaba a causar miedo entre los hombres.

Pronto los beneficios del negocio familiar crecieron aun más y despertaron en el pequeño Francisco un vivo interés en desarrollar los cultivos y aprender el arte de su comercialización. Sin mermar un ápice en su fogosidad, se lo veía cabalgar por los sembradíos de un lado para otro, siempre en su apostura de general romano, deteniéndose a ensayar nuevos injertos entre aceitunas de distintas especies a las que intentaba mejorar cada vez más. Removía las cosechas, probaba abonando la tierra con estiércol de animales diferentes y anotaba los progresos y fracasos de cada tentativa con el mayor de los cuidados. En las tardes ocupaba el tiempo en minuciosos inventarios. Se metía en los grandes galpones olientes a sebo y almazaras, y allí hurgaba entre decenas de toneles y fanegas que recontaba una y otra vez, mientras su mente se abstraía en especulaciones sobre cómo ampliar el negocio. Más tarde, junto al fogón de la casa, discutía con su padre hasta altas horas de la noche sobre los vaivenes de la hacienda. Pero

ninguno de los dos, en aquellos años de fajinas y desvelos, sospechaba que el destino de Francisco nada tendría en común con oliváceas, aceites o pujas de compraventa.

Una mañana, sobre la grupa de aquel mismo caballo que le asignara su padre, Francisco se hallaba inspeccionando los campos con toda celeridad. No precisaba mucho tiempo: su ojo se había vuelto tan certero que le bastaba con detener el caballo sobre una cumbre, desde lejos, para advertir si una parcela de olivos crecía con normalidad. Aquel día el caballo galopaba sobre un sendero pedregoso cuando de pronto una de sus patas tropezó en una hendidura y perdió el tranco. Francisco alcanzó a clavar las bridas del animal, pero el sacudón fue tan violento que ambos cayeron a tierra y rodaron sobre el pedregullo. Sólo por milagro el muchacho se libró de morir aplastado bajo el espinazo del caballo. Sin embargo, la caída fue tan impetuosa que sufrió una grave fractura en la pierna derecha y unas cuantas magulladuras en todo el resto del cuerpo. Fue socorrido de inmediato y llevado hacia la casa. Los raspones en la piel habían sido meros arañazos, pero la rotura de la pierna era tan grave que le asomaba el filo del hueso entre la carne. Su propio padre le quitó las hilachas y colgajos de la herida, lavó la sangre, improvisó un precario entablillado sobre la pierna y para aliviarle el tormento le dio de beber un ron aguardentoso mezclado con cinacina que le bajó por el gznate como una llamarada.

Algunas horas después, encogido en su lecho y con la luz de la luna como única compañía, Francisco se retorció en espasmos y convulsiones. Como una brutal ave de rapiña el dolor le clavaba sus garras en la pierna rota. Sentía el hueso incrustado en la carne, sudaba como una bestia de carga y una sed indómita le hacía hervir las entrañas. Su orgullo vasco le impedía estallar en gemidos de agonía, pero de haber estado alguien junto a su lecho se habría espantado de sólo verlo ahogar sus gritos en la almohada.

Al promediar la noche lo asaltaron las fiebres. Durante horas y horas el joven sintió que el cuerpo le quemaba como un tizón ardiente. Para colmo el dolor en la pierna se había vuelto tan desesperante que Francisco apenas atinaba a morder un trozo de sábana para mitigarlo. Poco antes del alba su padre acudió a verlo. Entró a la habitación sin hacer ruido, ignorando la funesta agonía nocturna del enfermo. Encendió unas velas,

se aproximó al camastro y quedó horriblemente pasmado ante el semblante del muchacho, cuyo rostro permanecía tenso y fruncido en una mueca de terror. Sin perder un minuto hizo llamar a uno de sus criados y le mandó que fuese por los médicos del pueblo. Poco más tarde llegaron tres doctores a toda prisa. De inmediato revisaron la fractura del enfermo, deliberaron un momento entre sí y por fin dieron a conocer su diagnóstico: la pierna se hallaba tan descalabrada que sólo una rápida operación le devolvería a Francisco la capacidad de caminar. Los moribundos ojos del joven parecían clamar una solución urgente, un respiro al intolerable suplicio. De modo que no hubo dudas en el consejo de los médicos y se decidió llevar a cabo cuanto antes la operación.

Cerca del mediodía, después de haber estado casi tres horas entre un revuelo de pinzas, tijeras, vendajes y costurones, Francisco emergió airoso de la carnicería. Había perdido un torrente de sangre durante la intervención, pero la fina sutura ubicada apenas debajo de la rodilla dejaba entrever un resultado esperanzador.

Los días siguientes fueron de una molesta convalecencia. El aspecto de Francisco mejoró en forma notoria, aunque ciertos resabios de dolor aún lo atormentaban y la fiebre se había convertido en un azote que poblaba sus horas nocturnas. En las mañanas, obligado a permanecer en el camastro, su único entretenimiento era la lectura. Un criado le acercaba libros, folletines y novelas de caballería que Francisco devoraba con más pasión que entendimiento. Poco a poco se descubría a sí mismo hundido en un mundo de espadas, princesas y dragones; disfrutaba de las fabulosas aventuras del Amadís de Gaula, de Tirante el Blanco, de Palmerín de Inglaterra; y hasta se entretenía con las jocosas tribulaciones de un Caballero de la Triste Figura que lo fascinaba por sus arrojos y corajes. Entre los albures de aquellas lecturas, cierta vez cayó en sus manos una obra de distinta naturaleza: la *Vida de San Ignacio*, escrita por el Reverendo Padre Auger, S.J. Al principio el joven había renegado de aquella clase de lecturas, demasiado afectas a la adulación y la santurronería. Pero una vez abierto el libro todo fue como una súbita revelación. Conforme avanzaba en sus páginas, Francisco quedaba prendado al descubrir, no sin deleitoso encanto, las